



Don Luis Cutillas García

5 de noviembre de 1894 / 21 de febrero de 1989

Queridos hermanos:

Permitidme que escriba la carta de don Luis de una manera muy personal, ya que, tras un año y medio de su muerte, quiero cargar yo solo con la culpa del retraso. Por lo demás, lo hago con la sonrisa en los labios, porque el recuerdo de don Luis Cutillas no lo puedo tener más que sonriendo. Fue un hombre cuyo anecdotario despierta en mí verdaderos sentimientos de hilaridad. Y en los demás, también. En nuestras comunidades siempre se han dado hombres originales, que nos alegran la vida con sus ocurrencias y con sus maneras de hacer y decir. Don Luis era uno de ellos. Y hemos de dar gracias a Dios por habernos hecho el regalo de su compañía.

Una larga vida

Cuando en 1984 llegué a la casa de Sarriá, don Luis me acogió con un rápido movimiento de sus ojos vivos y burlones, diciéndome:

—«*Què! Us hi quedareu molts anys entre nosaltres?*»

Y al responderle yo: «los menos posibles para no tener que escribir su carta mortuoria», él replicó:

—«*Vigileu, vigileu, que no escriguin abans la vostra!*»

Y sonriendo, enfilaba hacia el comedor, lugar de sus diarias escaramuzas en una guerra dialéctica —sin vencedores ni vencidos— con todos y cada uno de los hermanos de la Comunidad.

Tenía noventa y tantos años y, a medida que los cumplía, hacía un pacto con el Señor para que Éste le concediera un año más de vida para completar así un millón de pesetas para las Misiones o para el Tibidabo. Era un chantaje piadoso que, a la vista de sus frutos, le dio buenos resultados. Al menos hasta los 94 años bien cumplidos.

Estilo oratoriano

Don Luis era un **bon jan**, un hombre que había corrido muchos caminos, hecho a la medida de su primer colegio de la calle Rocafort: colegio popular, abierto a una creciente y cada vez más populosa barriada. Don Luis siempre llevó consigo el estilo oratoriano de su primer techo salesiano. Ello le hacía comunicativo, rico en pequeñas astucias, vivo y perspicaz. No faltó de humor, le acompañaba siempre una sonrisa pícara, que le ganaba la voluntad de los demás.

Este mismo estilo informaba las hojitas **MIMASPO** (Misiones Más Pobres), con las que recaudó tanto para las misiones salesianas. En la primera de estas hojas, el 1 de julio de 1968, él mismo se definía así: «Soy el hombre más inútil del mundo para el cargo que me han confiado. ¿Quiere esto decir que se han equivocado los que me han escogido? Todo lo contrario. Dios escoge siempre a los más inútiles; y, como no encontré otro más inútil que yo, por eso me escogió a mí. Y, como yo soy del mismo parecer que Él, por eso he aceptado de buena gana. Allá Él si se equivoca...»

«Ahí va en pocas palabras mi filiación: A los diez años de edad estuve a punto de ir con mi maestro (un santo salesiano que murió con los leprosos de Agua de Dios) a las misiones de los indios del Ecuador. Pero, cuando lo tenía todo dispuesto y don Rúa, Rector Mayor de los Salesianos y sucesor de don Bosco, se había ofrecido a pagarme el viaje, me salió el tiro por la culata; pues al enterarse mis padres de mi resolución, me negaron rotundamente su consentimiento, y me quedé en casa pataleando.»

«Hoy soy sacerdote. Tengo 74 años, o sea, estoy en la flor de la edad... Vivo en un colegio de chicos y de curas. Unos me llaman **padre**: y los mayores me llaman Luis a secas, o sea, a la moderna».

Recaudar para las misiones

Esta fue la última de sus empresas. A su manera, incordiando a unos, sableando a otros, agradeciendo a todos su ayuda, hizo posible la labor de no pocos misioneros salesianos de la India. Sus hojitas misioneras, simpáticas y puntuales, fueron apareciendo sin fallos desde el 1 de julio de 1968 hasta el 1 de julio de 1986, año en que se vio forzado, a sus 91 años y 8 meses, a dejarse cuidar en la Residencia salesiana de Martí Codolar.

Con agilidad y desparpajo describe don Luis su misión limosnera:

«Mi padre provincial, que es un santo, pensó: 'Este hombre ya está pasado de rosca y no vale para dar clase a los jóvenes'. Y volviéndose a mí, me dice sonriendo: 'Usted, que tiene el cargo de pedir para los jóvenes que no pueden pagar, encárguese de pedir también para los niños más pobres del mundo'. Y éste fue mi espaldarazo».

«Todo lo demás ya puedes imaginártelo... Noches sin dormir, preocupado por mi futuro: no tengo dotes oratorias para entusiasmar a las masas. Ya no valgo para dar clase, ni siquiera de música moderna, pues no tengo voz para chillar y rascar la guitarra eléctrica; ni pelo para dejarme melenas, porque mi calva reluce más que el mismísimo sol...» Y don Luis, con esta presentación, fue capaz de lanzar al viento 212 hojitas volanderas durante 20 años. Todo ello añadido al trabajo, que ya venía realizando, de

limosnero para la obra salesiana (Lotería de Navidad, etc.), sin olvidar las horas de confesonario. Supo dar fecundidad a sus largos años de jubilación.

Periplo salesiano

Es largo como larga fue su vida salesiana.

Las casas que le acogieron, y por simple orden, fueron: **Rocafort**, donde entró de alumno a los 7 años; **Campello, Ciudadela, Villena** (fundador junto con el director don Eduardo Gutiérrez y don Ramón Cambó); **La Coruña, Carabanchel, Salamanca, La Coruña, Madrid-Franco Rodríguez, Baracaldo, Bejár, Santander** (Viñas), **Santander** (Alta), **Madrid-Franco Rodríguez, Vigo, Rocafort, Zaragoza, Pamplona, Sarriá**, donde recaló los últimos años de su vida (1954-89), pasando los tres últimos años en la enfermería de **Martí-Codolar**.

En todas estas casas alternó los cargos de Consejero y Catequista, habiendo sido Prefecto de Santander durante un año, y Confesor a partir de 1952.

Su presencia en todas estas casas fue siempre del mismo estilo: sencillez, oratorio, abierto, acompañado por aquellos grandes salesianos, que lograron que la Congregación enraizara fuertemente en cada lugar: don Bataini, don Pedro Olivazzo, don Jesús Marcellán, don Eduardo Gutiérrez...

Don Luis guardó un afecto enorme a todos aquellos hombres que le hicieron crecer en salesiano: don Aime, don Manfredini, que le impuso la sotana en 1909, don Bataini, don Cartosio, don Rúa (a quien declamó una poesía y besó la mano, como no se cansaba de repetir), don Rinaldi, etc.

El Centenario de la venida de don Bosco a Barcelona le hace recordar a tantos salesianos que le ayudaron:

«Yo sólo valgo para recordar, en mis pobres oraciones, a los santitos que he tenido la dicha de conocer y recordar desde 1900 en adelante: los sacerdotes, dando clase a los niños; y los maestros de taller, enseñando el oficio; todos ellos dándome un perfecto ejemplo de trabajo y virtud. No he conocido durante mis 75 años de vida salesiana más que modelos de humildad y santidad. Es lo que me han dejado aquellos santitos».

Aquí don Luis habla con profunda sinceridad. Son conceptos que repetía a unos y a otros. De hecho, cada día rezaba más de cien *De profundis*, aplicándolos —con nombre y apellido— por todos y cada uno de los viejos y queridos salesianos que le precedieron.

Hombre piadoso

Para muchos de nosotros don Luis es un modelo de constancia en la plegaria: los últimos años le faltaba tiempo para rezar y para meditar. Frecuentemente decía que estaba preparándose para bien morir. Fiel a su misa diaria, a pesar de sus achaques, en un altar lateral de la capilla trasera de la parroquia, siempre se le vio atento a las rúbricas y al gesto litúrgico.

Cada día rezaba el rosario en la Capilla del Santísimo y no olvidaba nunca sus ratos de meditación en su cuarto de estar.

Era muy devoto de María Auxiliadora, por cuya mediación consagró su vida a Jesucristo, la Sabiduría Encarnada, a la joven edad de 15 años. Con una caligrafía cuidada redactó dicha consagración y la conservó toda su vida, diciendo al final: «es mi intención que, cuando yo muera, se me coloque este papel sobre el pecho, para que sea

ésta la última profesión de mi esclavitud a María Auxiliadora, a la que amo y quiero amar hasta el fin de mi vida, para perpetuar este amor en la eternidad».

Durante 40 años ejerció su apostolado en el confesonario. Quienes han aprovechado sus servicios aseguran que tenía el don del discernimiento y del consejo exacto, fruto de su bonhomía y de su talante, que le hacían abierto y acogedor.

Afición a la música

Amante de la música, daba clase de canto, orquestaba zarzuelas, dirigía rondallas y editó tres cancioneros (música y letra) para uso de otros maestros.

Cuando cumplió los 90 años, me pidió insistentemente dar clase de música a los niños pequeños. Llegó a disgustarse ante mi negativa. Él quería demostrar —me decía— que a los 90 se puede dar clase de música. De hecho, siempre tuvo algún alumno furtivo.

Barcelonista de pro

Yo creo que no me debo callar esta hermosa cualidad. Siempre fue fiel a su equipo. Podríamos considerarlo una futilidad, pero ello le sirvió para granjearse amistades, para hacer disfrutar a los niños para quienes siempre tenía entradas al estadio, e incluso, ello le sirvió para canalizar hacia el Barça a chicos con rara habilidad futbolera.

Esta afición también servía para despertar la hilaridad de los hermanos y distender las conversaciones en la carga del *pondus diei*.

Cohesionador

Un salesiano de la Comunidad me decía una vez: «El día en que muera don Luis se nos va a disgregar la Comunidad. Ahora nos une a todos contra él». Gracias a Dios no ha sido exactamente así.

Lo cierto es que no hay salesiano, que haya convivido con él en la casa de Sarriá, que no le recuerde con especial afecto: sentado en la punta de la mesa, enfrentado a todos, era capaz de mantener en vilo a toda la Comunidad, soltando una picardía para cada uno, atrayendo hacia sí la atención y el interés de todos.

Sus orígenes

Don Luis había nacido en el seno de una familia muy humilde. Él era el octavo de ocho hijos (tres hermanos y cinco hermanas).

Su padre era portero de una fábrica de Sants, poco de iglesia. Su madre, en cambio, era una mujer piadosa.

Cuando, a los diez años, quiso marcharse a las misiones, sus padres le negaron el consentimiento; pero no se opusieron a su vocación salesiana. Hizo la primera profesión el 24 de diciembre de 1910. La segunda, el 7 de febrero de 1914 y la perpetua, el 15 de febrero de 1920. Fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1924.

No hay por qué negar que don Luis era un hombre original, divertido unos momentos y pendenciero, otros muchos; pero la realidad es que todos le recuerdan con simpatía. A veces nos sacaba de quicio, pero también eso se recuerda con simpatía.

Él rezó mucho por los salesianos que le precedieron. Tengámosle también nosotros presente. Recemos por él y que uno de sus pícaros guiños nos consiga de nuestro padre don Bosco fuerza y ánimo para seguir sus caminos.

Manuel Puyol